

II Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

La alternativa

Padre Pedro José Ynaraja

La mayoría de vosotros, mis queridos jóvenes, ignoraréis una costumbre existente en el mundo taurino. Cuando uno de esta condición, que ha empezado a torear becerros, cree que puede aspirar a categoría superior, es decir, en vez de novillos faenar con toros, escoge a un espada reconocido que le “dará la alternativa”, un sencillo rito que le conferirá el rango superior. En las carreras atléticas de relevos, la entrega de un simple objeto, introduce al que lo recibe en la competición. En el mundo estudiantil, el licenciado que aspira a prosperar, prepara una tesis que un día presentará a un tribunal. La ceremonia de lectura y su defensa, estará apadrinada por un tutor, que no puede ser un cualquiera. No voy a multiplicar ejemplos, me parece que con los mencionados ha sido suficiente.

Recordad que muchas veces, el doctorando tiene una categoría intelectual superior a la del tutor, pero que es este quien lo presenta al tribunal y que en el acto académico, solo pueden intervenir aquellos que ya poseen el título de doctorado. Os he contado estas cosas para que os ayuden a entender el significado de la ceremonia a la que se refiere el evangelio del presente domingo.

Otra advertencia os quiero hacer. Cada mundo y cada tiempo posee sus símbolos y se expresa en su propio argot. No todos saben comprenderlo, ni sirve siempre la misma expresión. El agua es un elemento necesario para la subsistencia humana, pero la consideramos de muy diferente manera los que tenemos domicilio con agua corriente y desagües a cloacas, que los beduinos que habitan en el desierto. Para estos últimos, un pozo es un tesoro y he visto muchas veces sumergir una simple lata de conserva atada a un cordel, sorber un poco de agua y la sobrante echarla de nuevo al agujero. Otro ejemplo relativo al texto. Cuando yo era pequeño, en muchas casas tenían un palomar. Los animalitos eran apreciados por su valor culinario y por su simpático comportamiento. Los tiempos han cambiado y, generalmente, se le considera animal incómodo. He observado pórticos de antiguas y famosas catedrales, protegidos por tela metálica, para impedir que los excrementos de estas aves perjudicaran los artísticos relieves. Por otra parte, quiero advertiros que el Espíritu Santo aparece y se posa bajo el aspecto simbólico de paloma. Dicho de otra manera: el Hijo de Dios-Padre se encarnó, fue humanidad auténtica, pero el Paráclito no se palomizó. En el momento de Pentecostés su apariencia fue de fuego, sin que signifique que se transformó en combustible. Basta de advertencias.

El protagonista reconocido es Juan llamado bautista, pues, reconocía la curación espiritual de los que le escuchaban y aceptaban sus doctrinas, manifestándolo con la ceremonia de remojándolos, hundiéndolos en el agua, ritualmente. Un gesto muy expresivo por aquel entonces, utilizado también por otros personajes y comunidades. Jesús, en aquel momento, para las gentes, era un anónimo oyente

galileo. Uno entre tantos. El Maestro era muy consciente de su momento personal, de su misión histórica y que iba a dar un paso definitivo que cambiaría su vida su vida.

Para Juan no es un cualquiera. Se asombra, se siente más responsable todavía de la misión que había aceptado y no se atreve a obrar con ligereza. Es un hombre humilde y se sabe inferior al que se le acerca. No se calla, siente y se exige la competencia del apostolado. No obra con reservas. Explica lo que sabe respecto al Señor. Le proclama "Cordero de Dios, que quita el pecado". Divulgarlo cree que es un deber, pese a que pueda acarrearle consecuencias. La primera evidentemente es reconocer la superioridad de Jesús, declarar que deja su gran protagonismo personal, porque el que se acerca le aventaja. Es fiel a lo que le había inspirado Dios. Se arriesga a interpretar la aparición simbólica de aquella Paloma, que no le traía documentación. Notifica públicamente que es el Hijo de Dios, que bautizará con un remojón de mayor categoría. Se siente apocado en este momento, pero es fiel a lo que conviene hacer.

Se preparó Juan viviendo en austeridad en el desierto cercano al lugar de su nacimiento. Bajó a la cuenca del Jordán, cuando se sintió inspirado a ello. Aparentemente con todo lo que pregonaba iniciaba su declive. Pero la fidelidad estaba por encima de su autoestima.

Gran hombre fue Juan, el remojador, porque supo empequeñecerse en el momento oportuno. Hoy nos toca compararnos con él. Ver que es preciso que le imitemos, que nos convirtamos y que solicitemos su ayuda intercesora.